

cer esas leyes extraordinarias que deben espantar á vuestros enemigos interiores. Es forzoso que sean arbitrarias, porque no es posible darlas precisas, porque, aunque terribles, serán preferibles aun á las ejecuciones populares, que así hoy como en septiembre serían consecuencia de la lentitud de la justicia. Después de este tribunal se debe organizar un poder ejecutivo enérgico, que se halle en contacto directo con vosotros, y que pueda poner en movimiento todos vuestros medios en hombres y en dinero. Así, pues, organícese hoy el tribunal extraordinario, mañana el poder ejecutivo, y pasado mañana marcharán los comisionados á los departamentos. ¡Que me calumnien si quieren, perezca mi memoria, pero sálvese la república!»

Á pesar de esta violenta exhortación conviéndose en el descanso de una hora, y los diputados van á buscar un reposo indispensable. Eran las siete de la tarde; la ociosidad del domingo, los banquetes celebrados durante el día, la cuestión que se agitaba en la Asamblea, todo contribuía, en fin, á que aumentase la agitación popular. Sin que hubiese complot premeditado, como lo creyeron los girondinos, inclinábanse los ánimos, por la disposición en que se hallaban, á una escena tumultuosa. Los jacobinos estaban en sesión; Bentabole acababa de llegar para dar cuenta de la sesión de la Asamblea, y quejarse de los patriotas, que no se habían mostrado tan enérgicos aquel día como la víspera. El consejo general del Ayuntamiento celebraba también sesión; las secciones, abandonadas por los ciudadanos pacíficos, estaban presididas por algunos furiosos que adoptaban acuerdos incendiarios. En la de las Cuatro Naciones, diez y ocho desesperados habían decidido que el departamento del Sena ejerciese en aquel instante la soberanía, y que el cuerpo electoral de París se reuniera en el acto para expulsar de la Convención Nacional á los diputados infieles que conspiraban con los enemigos de la revolución. El club de los franciscanos adoptó el mismo decreto, nombrando una diputación de la sección y del club para que fuese en el acto á dar cuenta al Ayuntamiento. Varios perturbadores, según la costumbre seguida en todos los movimientos, corrían presurosos á cerrar las barreras.

En el mismo instante resonaban en las calles los gritos de un populacho furioso; los voluntarios que habían asistido al banquete con que se les obsequió en el Mercado de los Trigos, embriagados de furor y de vino, y provistos de pistolas y sables, avanzaban hacia el local de los jacobinos, entonando cánticos espantosos. Llegados á la puerta en el momento mismo en que Bentabole acababa de dar cuenta de la sesión del día, piden permiso para desfilarse por la sala, y cruzan por ella en medio de ruidosos aplausos. Uno de aquellos hombres toma la palabra y dice: «Ciudadanos, en el momento de estar la patria en peligro, los vencedores de 10 de agosto se levantan para exterminar á los enemigos del exterior y del interior.—Sí, les contesta el presidente Collot d'Herbois; á pesar de los intrigantes, salvaremos la libertad.»

Desfieux toma entonces la palabra, y dice que Miranda es hechura de Petión, y además traidor; que Brissot ha hecho declarar la guerra á Inglaterra para perder la Francia. Añade que sólo hay un medio de salvarse, que es exterminar á todos los traidores, arrestar á los *ape-*

lantes en sus mismas casas, y hacer que el pueblo elija otros diputados. Un hombre que viste el traje militar se destaca de la multitud que desfila en aquel instante, y sostiene que no bastan los arrestos, que se necesitan venganzas. «¿Qué es la inviolabilidad?, exclama; yo la pisoteo...» Al pronunciar estas palabras, llega Dubois de Crancé y quiere oponerse á estas proposiciones, ocasionando su resistencia un tumulto espantoso. Propónese dividir la gente en dos columnas, una de las cuales irá á buscar á los franciscanos, mientras la otra se dirigirá á la Convención para desfilarse por la sala y exponer lo que exige. Se vacila en resolver la marcha, pero el público de las tribunas invade el salón, apagándose las luces, y los agitadores se dividen en dos grupos para dirigirse á la Convención y á los franciscanos.

En aquel momento, la esposa de Louvet, que vivía con él en la calle de San Honorato, cerca de los jacobinos, habiendo oído los gritos que partían de aquella sala, acudió presurosa para ver lo que sucedía. Después de presenciar aquella escena, corre para avisar á Louvet, que con otros muchos diputados de la derecha había salido de la Convención, pues decíase que se trataba de asesinarlos. Louvet, armado como de costumbre, y aprovechándose de la obscuridad de la noche, corre de puerta en puerta para avisar á sus amigos, y les designa un punto de reunión en un lugar oculto, donde podrán substraerse á los golpes de los asesinos. Encuétralos después en casa de Petión, donde discutían pacíficamente sobre los decretos que iban á expedirse, y entonces se esfuerza para comunicarles su alarma; pero no consigue inquietar al impasible Petión, quien mirando al cielo, y al ver que llovía, contesta friamente: *No habrá nada esta noche*. Sin embargo, como se había fijado una cita, uno de ellos, llamado Kervelegán, se dirige apresuradamente al cuartel del batallón de Brest, para que se ponga sobre las armas. Entretanto, los ministros, reunidos en casa de Lebrún, y sin tener ninguna fuerza á su disposición, no sabían qué medio adoptar para defender á la Convención y á sí mismos, porque también estaban amenazados. La Asamblea, poseída de temor, esperaba un desenlace terrible, y al más leve rumor, á cada grito, creía llegado el momento de verse acometida por los asesinos. Sólo cuarenta diputados permanecieron en la derecha, esperando á cada momento que se les atacase; todos llevaban armas y tenían preparadas sus pistolas, habiendo convenido en precipitarse sobre la Montaña al primer movimiento, para matar á cuantos fuese posible. Las tribunas y la Montaña conservaban la misma actitud, esperándose por ambos lados una escena sangrienta y terrible.

Pero no se tenía aún suficiente audacia para intentar un segundo 10 de agosto contra la Convención; esto no era más que una escena preliminar, un 20 de junio. El Ayuntamiento no osó favorecer una empresa para la cual no estaban suficientemente preparados los ánimos, y hasta se indignó sinceramente por lo sucedido. Al presentarse las dos diputaciones de las Cuatro Naciones y de los franciscanos, el corregidor las rechazó sin querer escucharlas. Deseoso de complacer á los jacobinos, no apreciaba sin duda á los girondinos, y tal vez deseaba su caída; pero podía temer un movimiento peligroso, y como á Petión el 20 de junio y el 10 de agosto, le contuvo la ilegalidad, y deseaba que se le violentase

para ceder. He aquí por qué rechazó á las dos diputaciones, siendo apoyado por Hebert y Chaumette, procuradores del Ayuntamiento. Expediéronse órdenes para tener abiertas las barreras, redactándose un manifiesto á las secciones y otro á los jacobinos para que conservasen la tranquilidad. Santerre dirigió un enérgico discurso al Ayuntamiento, clamando contra los que pedían una nueva insurrección. Dijo que el tirano había caído; que aquella no podía dirigirse sino contra el pueblo, que actualmente reinaba solo; que si había malos diputados se debían tolerar, como se toleró á Maury y á Cazalés; que París no era toda la Francia y debía aceptar los diputados de los departamentos; y que si el ministro de la Guerra había destituido, tenía derecho para hacerlo, puesto que era responsable de sus agentes... Añadió que en París había algunos hombres ineptos y extraviados que creían poder gobernar y lo desorganizaban todo; que iba á reunir todas las fuerzas y á obligar á los malévolos á entrar en orden...

Beurnonville, que se hallaba cercado en su ministerio, saltó por las tapias del jardín, y reuniendo cuanta gente pudo, púsose á la cabeza del batallón de Brest, é impuso á los agitadores. La sección de las Cuatro Naciones, los franciscanos y los jacobinos tuvieron por conveniente retirarse; de modo que la resistencia del Ayuntamiento, la conducta de Santerre, el valor de Beurnonville y del batallón de Brest, y acaso también la lluvia, que caía en abundancia, impidieron el progreso de la insurrección. Por otra parte, el concono no era bastante profundo aún contra lo que había de más noble y generoso en la república naciente: Petión, Condorcet y Vergniaud debían demostrar algún tiempo aún en la Convención su valor, su talento y su arrebatadora elocuencia. Todo se calmó: el corregidor, llamado á la barra de la Convención, la tranquilizó, y aquella misma noche se expidió pacíficamente el decreto organizando el tribunal revolucionario. Este tribunal se componía de un jurado, de cinco jueces, de un fiscal público y dos auxiliares, nombrados todos por la Convención. Los jurados debían ser elegidos antes del mes de mayo, y provisionalmente podían ser del departamento de París y de los cuatro más inmediatos: los jurados debían emitir su opinión en alta voz.

La consecuencia del acontecimiento del 10 de marzo fué despertar la indignación de los diputados de la derecha, poniendo en apuro á los de la izquierda, comprometidos por aquellas demostraciones prematuras. En todas partes se censuraba este movimiento como ilegal y atentatorio á la representación nacional; y aun aquellos que no desaprobaban la idea de una nueva insurrección, condenaban ésta por su mala dirección, recomendando estar alerta contra los desorganizadores pagados por la emigración é Inglaterra para promover trastornos. La izquierda y la derecha de la Asamblea parecían conspirar para establecer esta opinión; ambas suponían una influencia secreta, y acusábanse recíprocamente de ser cómplices de ella. Una singular escena confirmó más esta opinión general: al presentar la sección Poissonnière sus voluntarios, pidió un acta de acusación contra Dumouriez, el general en quien se cifraban en aquel momento todas las esperanzas del ejército francés. Al oír esta demanda, leída por el presidente de la sección, resuena un grito de cólera. «¡Es un aristócrata

pagado por los ingleses!», gritan por todas partes. En el mismo instante se fijan las miradas en la bandera de la sección, y se observa con asombro que la corbata es blanca con flores de lis. Elévanse gritos de furor por todas partes; en un momento hacen pedazos las flores y la corbata, y la substituyen con una cinta tricolor que una mujer arroja desde las tribunas. Isnard toma entonces la palabra para pedir un acta acusadora contra el presidente de aquella sección; más de cien voces apoyan la propuesta, y entre ellas llama particularmente la atención la de Marat. «Esta petición, dice, es un complot; es preciso leerla toda entera, y se verá que piden la cabeza de Vergniaud, Guadet, Gensonné... y otros. Ya comprenderéis qué triunfo sería para nuestros enemigos semejante matanza; será la desolación para la Asamblea...» Universales aplausos interrumpen á Marat, que continuando su discurso, denuncia á uno de los principales agitadores llamado Fournier, pidiendo que se le arreste. Dase la orden acto continuo; se traslada el asunto al comité de seguridad general, y la Asamblea dispone que se envíe á Dumouriez copia del proceso, para demostrarle que no se participa de los errores de los que le calumnian.

El joven Varlet, amigo y compañero de Fournier, corre á los jacobinos para pedir justicia de su arresto y proponer que se vaya á ponerle en libertad. «Fournier, dice, no es el único amenazado; Lasouski, Desfieux, y yo mismo lo estamos también; el tribunal revolucionario que se acaba de establecer se volverá contra los patriotas como el del 10 de agosto, y los hermanos que me escuchan no son jacobinos si no me siguen.» Después quiere acusar á Dumouriez, pero suscitase un tumulto extraordinario en la sociedad; el presidente se cubre y dice que se quiere perder á los jacobinos. El mismo Billaud-Varennes sube á la tribuna para quejarse de estas proposiciones incendiarias; justifica á Dumouriez, á quien no quiere, según dice, pero que cumple con su deber, y que ha manifestado deseos de batirse vigorosamente. Quéjase de un proyecto que tiende á desorganizar la Convención Nacional por medio de atentados; declara como muy sospechosos á Varlet, Fournier y Desfieux, y apoya el proyecto de un escrutinio depurativo para librar á la sociedad de todos los enemigos secretos que tratan de comprometerla.

Escúchase atentamente á Billaud-Varennes, y algunas noticias satisfactorias, tales como la reunión del ejército por Dumouriez y el reconocimiento de la república por la Puerta, acaban de restablecer la calma.

De este modo, Marat, Billaud-Varennes y Robespierre, que también habló en el mismo sentido, se pronunciaban todos contra los agitadores, y parecían estar de acuerdo en creer que eran pagados por el enemigo. Esta es una incontestable prueba de que no existía, como lo creyeron los girondinos, una conspiración tramada secretamente. Si se hubiese urdido, seguro es que Billaud-Varennes, Marat y Robespierre hubieran formado más ó menos parte de ella; entonces hubiéranse visto obligados á callarse, como la izquierda de la Asamblea Legislativa después del 20 de junio, y seguramente que no habrían podido pedir el arresto de uno de sus cómplices. Pero el movimiento no era aquí sino la consecuencia de una agitación popular, y podía condenarse si era demasiado precoz ó mal combinado. Por otra

parte, aunque Marat, Robespierre y Billaud-Varennes deseaban la caída de los girondinos, temían sinceramente las intrigas del extranjero, la desorganización en presencia del enemigo victorioso, la opinión de los departamentos, las acusaciones á que estos manejos les exponían; y probablemente no pensaban aún sino en apoderarse de todos los ministerios y de todos los comités, expulsando á los girondinos del gobierno, sin excluirlos violentamente de la Legislatura.

* Sólo si se hubiera podido sospechar de un hombre, de Dantón, aunque fuese el menos encarnizado enemigo de los girondinos. Ejercía la mayor influencia en los franciscanos, autores del movimiento; no combatía á los individuos de la derecha, sino que condenaba su sistema de moderación, porque á su pesar entorpecía la acción del gobierno; anhelaba á toda costa un tribunal extraordinario y un comité supremo, revestido de una dictadura irresistible, porque ante todo aspiraba al triunfo de la revolución; y es muy posible que hubiera conducido secretamente á los agitadores del 10 de marzo para intimidar á los girondinos y vencer su resistencia. Cuando menos es lo cierto que no se apresuró á condenar á los autores del trastorno, y que se le vió por el contrario renovar sus instancias para que se organizase el gobierno de una manera pronta y terrible.

Como quiera que sea, convínose en que los aristócratas eran los promovedores secretos de aquellos trastornos, y todo el mundo lo creyó ó fingió creerlo. Así lo supuso también Vergniaud en un discurso de arrebatadora elocuencia, en el cual denunciaba toda la conspiración; pero fué censurado por Louvet, quien hubiera querido que se atacase á los jacobinos más violentamente: consiguió, no obstante, que la primera diligencia del tribunal extraordinario fuera perseguir á los autores del 10 de marzo. El ministro de Justicia, encargado de presentar un informe sobre los acontecimientos, declaró que no había descubierto en ninguna parte el comité revolucionario á que se atribuían; que sólo pudo reconocer arrebatos de los clubs y proposiciones hechas en un momento de entusiasmo. Todo cuanto sacó en limpio se redujo á la reunión de algunos individuos del club de los franciscanos en el café Corazza, contándose entre ellos á Lasouski, Fournier, Guzmán, Desfieux y Varlet, agitadores ordinarios de las secciones, que se reunían siempre después de la sesión para hablar de política. Nadie dió importancia á esta revelación; y como se suponían tramas mucho más profundas, la reunión de varios individuos tan subalternos en el café Corazza se consideró como un dato ridículo y sin fundamento.

CAPÍTULO VII

Continúan nuestros reveses militares; derrota de Neerwinden. — Primeras negociaciones de Dumouriez con los enemigos; sus proyectos de contrarrevolución; entra en relaciones con el enemigo. — Evacuación de Bélgica. — Primeras turbulencias del Oeste; movimientos insurreccionales de la Vendée. — Decretos revolucionarios. — Desarme de los *sospechosos*. — Conferencias de Dumouriez con los emisarios de los jacobinos. — Manda arrestar y entrega á los austriacos á los comisionados de la Convención. — Decreto contra los Borbones. — Prisión del duque de Orleans y de su familia. — Dumouriez, abandonado de su ejército después de su traición, se refugia en el campamento de los imperiales. — Opinión acerca de este general. — Cambios en el mando de los ejércitos del Norte y del Rin. — Nómbrase á Bouchotte ministro de la Guerra en lugar de Beurnonville, que había sido depuesto.

Ya hemos visto en el capítulo precedente en qué estado de exasperación se hallaban los partidos del interior, y las providencias extraordinarias que había tomado el gobierno revolucionario para contrarrestar la liga extranjera y las facciones intestinas. En medio de estas circunstancias cada vez más inminentes, Dumouriez, de vuelta de Holanda, se reunió en Lovaina con su ejército. Le hemos visto cómo desplegó su autoridad contra los comisionados del poder ejecutivo, rechazando con todas sus fuerzas el jacobinismo, que trataba de introducirse en Bélgica, y adoptando además otras medidas más audaces que debían conducirle al mismo fin que á Lafayette. Escribió con fecha 12 de mayo una carta á la Convención en que, después de reproducir lo de la desorganización de los ejércitos efectuada por Pache y los jacobinos, el decreto del 15 de diciembre y los perjuicios causados á los belgas, atribuía todos los presentes males al espíritu disolvente que se extendía desde París á toda Francia, y desde Francia á los países libertados por nuestro ejército. Esta carta, llena de expresiones enérgicas, y sobre todo de reconvenções audaces que no sentaban bien en boca de un general, llegó á la comisión de seguridad pública en el momento mismo en que se proferían multitud de acusaciones contra Dumouriez, y en que se hacían esfuerzos continuos para conservar el favor popular y ganarle para la república. Guardóse, pues, esta carta y se le envió en seguida á Dantón para inducirle á que se retractase.

Dumouriez reorganizó su ejército delante de Lovaina, reunió sus columnas dispersas y colocó un cuerpo á su derecha para guardar la Campine y enlazar sus operaciones con la retaguardia del ejército aventurado en Holanda; hecho esto, decidióse poco después á tomar la ofensiva para volver la confianza á sus soldados. El príncipe de Coburgo, después de haberse apoderado de la corriente del Mosa desde Lieja hasta Maestricht, adelantándose más allá hasta Saint-Trond, había enviado un cuerpo de vanguardia á ocupar á Tirlemont. Dumouriez mandó recobrar esta ciudad, y viendo que el enemigo no había pensado en guardar la importante posición de Goidsenhoven, que domina todo el terreno comprendido entre los dos Gettes, envió á aquel punto algunos batallones que se establecieron sin dificultad. Al día siguiente, 16 de marzo, quiso recobrar el enemigo la posición perdida, y la atacó con singular denuedo;

pero Dumouriez, que lo aguardaba, mandó que se sostuvieran, y acudió á reanimar á sus tropas en este combate. Rechazados los imperiales después de haber perdido setecientos ú ochocientos hombres, volvieron á pasar el pequeño Gette, yendo á situarse entre los pueblos de Neerlanden, Landen, Neerwinden, Overwinden y Racour; y los franceses, alentados con esta ventaja, se colocaron delante de Tirlemont y en varios pueblos situados á la izquierda del riachuelo Gette, que era la línea divisoria de los dos ejércitos.

Resolvió entonces Dumouriez dar una gran batalla, pensamiento tan bien meditado como atrevido, porque la guerra metódica no convenía á sus tropas, poco disciplinadas todavía, y era preciso volver por el honor de nuestras armas, tranquilizar á la Convención, atraerse á los belgas, rechazar al enemigo al otro lado del Mosa, detenerle allí algún tiempo, y después volar de nuevo á Holanda, penetrar en una ciudad de la liga y llevar á ella la revolución. No contento Dumouriez con estos proyectos, quería también, según decía, restablecer la Constitución de 1791 y aniquilar á los demagogos con el auxilio de los holandeses y de su ejército; pero esto último era entonces tanta locura como cuando se hallaba en Moerdik: lo que había de sensato, posible y verdadero en su plan, era recobrar su influencia, reorganizar nuestros ejércitos y acreditar sus planes militares ganando una batalla. Para el buen éxito inspirábanle fundadas esperanzas el nuevo ardimiento de sus soldados y su posición estratégica; además, era menester aventurar mucho en su situación, y no debía titubear.

Extendíase nuestro ejército en una línea de dos leguas, guarneciendo el riachuelo Gette desde Neer-Heylisse hasta Leaw, y Dumouriez decidió hacer un movimiento de conversión que dejase al enemigo entre Leaw y Saint-Trond. Apoyábase su izquierda en Leaw, que era su eje, y su derecha debía girar por Neer-Heylisse, Racour y Landen, obligando á los austriacos á replegarse hasta Saint-Trond. Para esto era preciso atravesar el pequeño Gette, vencer sus escarpadas riberas y tomar á Leaw, Orsmael, Neerwinden, Overwinden y Racour; estos tres últimos pueblos, situados frente á nuestra ala derecha, que debía recorrerlos en su movimiento de conversión, formaban el principal punto de ataque. Dividió Dumouriez su derecha en tres columnas á las órdenes de Valence y las obligó á pasar el